

**Hansen, D. (2014). *El profesor cosmopolita en un mundo global. Buscando el equilibrio entre la apertura a lo nuevo y la lealtad a lo conocido*. Madrid: Narcea. 164 pp. ISBN: 978-84-277-1938-5**  
Por Arantxa Batres Vara<sup>1</sup>

Si se acude al diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, encontramos como definición del término *Cosmopolita* a aquella persona que considera todos los lugares del mundo como patria suya. Ateniéndonos a la origen del término, del Griego *kosmopolites*, su significado es ciudadano del mundo.

El profesor David T. Hansen ha creado una interesantísima obra compuesta por cinco capítulos, en la cual propone la posibilidad de contemplar la educación y la labor del profesorado desde el “prisma” del cosmopolitismo, como el mismo lo denomina. Así, presenta al profesorado como un grupo de pensadores reflexivos que deben tener la ambición de replantearse sus valores fundamentales para clarificar y fortalecer sus bases morales, las cuales, directa o indirectamente, acaban llegando al alumnado.

En el primer capítulo encontramos por parte de Hansen una introducción histórica para la indagación, comprensión y el sentido del panorama de la investigación contemporánea sobre el cosmopolitismo.

A través de la evolución histórica del término, el autor llega al punto actual en el cual éste se encuentra como enfoque o prisma con el que analizar la realidad. Así, se comprende el cosmopolitismo como una yuxtaposición del individuo y su comunidad, y aquello a lo que idealmente debería evolucionar a través de la reflexión de las nuevas influencias que recibe como fruto de la globalización, pero sin dejar de lado las propias raíces y valores. Es decir, este enfoque pretende servir como instrumento de evaluación o reflexión sobre los valores existentes a través de la apertura a lo nuevo, o lo que es lo mismo, como un instrumento de “transformación”. En este caso la transformación que pretende el cosmopolitismo no es una ruptura con lo tradicional, que deje un lugar vacío para la novedad, si no que se torna como un proceso que permite hacer reconfiguraciones a través de la apertura reflexiva.

Por tanto, el valor que el autor encuentra en el enfoque cosmopolita para la educación radica en dos elementos clave: por una parte, el proceso de aprendizaje, ya que supondría metabolizar lo nuevo para convertirlo en conocido, provocando que lo conocido adopte nuevas cualidades; y por otra parte, en el objetivo o meta última de la educación, es decir, en hacer del alumnado un grupo de individuos que comparte unas competencias para la vida futura respetando la individualidad de cada uno de los sujetos.

Para que esto sea posible, la educación, comprendida desde un prisma cosmopolita, posibilita el desarrollo de un nuevo entendimiento de uno mismo, del otro y del mundo gracias a la “transformación” de las ideas previas. En palabras del propio autor: “El cosmopolitismo constituye una orientación en la que la gente aprende a equilibrar una apertura reflexiva a lo nuevo junto a una lealtad reflexiva ante lo conocido” (p.16)

En los capítulos 2 y 3 del libro, el autor se centra en la tradición filosófica denominada como “arte de vivir” (p.36), ya que es una tradición de pensamiento que ofrece unos valores educativos

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma de Madrid

y cosmopolitas. Estos capítulos se presentan como un bloque temático dedicado a la tendencia filosófica “arte de vivir”, que sirve como marco teórico o contextualización del cosmopolitismo. El propósito de la organización por parte del autor de esta estructura es exponer el apoyo que supone esta tradición filosófica al ejercicio docente en un mundo globalizado. Esta corriente filosófica ayuda al profesor ya que le permite ampliar y reforzar su interacción con los demás, es decir, le permite acercarse al mundo aprendiendo de él mientras se convierte en su propio portavoz en las aulas.

La tendencia filosófica señalada supone una corriente que tiene como premisa principal a lo largo de su evolución la reflexión de qué significa ser humano y la “condición humana” o el desarrollo y maduración del sentido de la responsabilidad social. Por esto mismo, esta corriente se torna tan especial e idónea para la práctica docente. A lo largo de estos capítulos encontramos la selección de una serie de famosos seguidores de la filosofía del “arte de vivir” como Confucio, Sócrates, Jhon Dewey o Erasmo de Rotterdam entre otros.

El autor a través de las reflexiones de estas figuras sobre los valores cosmopolitas como la humanidad, la moral, la justicia, la verdad y la ética traza, sin ser explícito, una serie de pasos a seguir al enfocar desde el prisma del cosmopolitismo una metodología didáctica en el aula por parte del docente. Así, nos muestra la filosofía del “arte de vivir” como una metodología para el docente que le permite por una parte, hacer de su trabajo un método de reflexión constante abierto a las nuevas influencias de la realidad en la que se encuentra; a la vez que leal a los valores y costumbres locales; mientras que por otra parte, como enfoque educativo, esta tendencia filosófica supone un encuentro pedagógico-didáctico del docente con el resto de la comunidad educativa de desarrollo constante *en y con* el mundo.

Esta filosofía por el tema de su reflexión, además de por su método de aprendizaje (los otros que nos rodean) abarca unas abstracciones entorno a una idea que deberían ser concebidas de suma importancia por y para el profesorado; la condición humana. Las disertaciones alrededor de este concepto, para la educación, suponen favorecer la maduración de las responsabilidades sociales de los individuos. Por ello la práctica de este método de aprendizaje por parte de los docentes con su alumnado en un mundo globalizado es imprescindible, ya que es la vía que fomenta el acercamiento al otro conservando la propia individualidad e identidad.

Pero no se debe olvidar que toda esta propuesta didáctica que se recomienda, se da en el aula en un momento determinado y en una realidad, sociedad, cultura y mundo que cambian constantemente. Aquí aparece otra de las aportaciones que el autor encuentra indispensables de la filosofía del “arte de vivir”: el “sentido de estabilidad”. Adaptado al ámbito de la educación, este sentido de estabilidad se encuentra en la posibilidad de aprovechar cualquier situación para hacer de ella un proceso didáctico que genere como resultado un aprendizaje estable en el alumno, una base que además, sea susceptible a cambios y transformaciones a lo largo del proceso académico. Por ello, es pertinente tener en cuenta esta corriente filosófica en el ámbito de la educación, puesto que concibe que la tarea de ésta como el trabajo para hacer los contactos del individuo con el mundo lo más fructíferos posibles, adaptándose a las circunstancias del momento.

Por tanto esta obra lo que plantea hasta este punto es una exposición de las artes de la educación que fomentan la solidaridad entre iguales a través de un conjunto de actividades de carácter ético y moral. Supone el proceso reflexivo de cómo el profesor, en sus competencias docentes, debe integrar estas actividades en el aula para así, formar al alumnado, además de en el conocimiento científico, en su relación con el mundo, o lo que es igual, en su competencia cívica y ciudadana.

Conocido el marco teórico que rodea al cosmopolitismo, el autor nos conduce al cuarto capítulo del libro. Éste aborda el génesis del proceso educativo que según el enfoque debe tener la educación, y concretamente el profesorado. Aborda las distintas concepciones y destrezas que tienen las personas para llevar a cabo, en su vida diaria, una apertura reflexiva a lo nuevo, unida a una lealtad reflexiva ante lo propio. En este apartado se desarrolla el planteamiento de hasta qué punto realmente es posible hablar de cosmopolitismo, teniendo en cuenta que uno de sus factores es el local, mientras que la globalización y la movilidad constante de los seres humanos hacen que sea cada vez más difícil comprender las concepciones de “local” y “hogar” como lugares estables. Por ello, estos términos se estipulan de carácter cultural.

En este punto es donde la figura del profesor entra en juego, ya que, la cultura puede evolucionar de manera rígida y cerrarse a lo externo, por ello es el docente quien permite hacer que los herederos del bagaje cultural hagan de la cultura un ente o una idea flexible y capaz de adaptar las novedades externas. Es decir, el cosmopolitismo como enfoque para el ámbito educativo invita al docente a presentar a sus alumnos la realidad del mundo en el que viven olvidando las distancias gracias a la reconstrucción y nutrición constante de la idea de cultura.

Por ello el autor, para dar consistencia a la asignación de los términos “hogar” y “local” a la idea de cultura, expone 10 casos en los cuales se analiza como distintos grupos de inmigrantes hacen del país de acogida su hogar, y por tanto su ámbito local. Ejemplos de estos casos que se desarrollan en la obra son: *Distintas opciones de vida de los inmigrantes pakistaníes en Reino Unido* o *El sentido de hogar para los cristianos pentecostales en Malawi* (p.103). Estos casos, además de afianzar el aspecto cultural del hogar, suponen un ejemplo real de la viabilidad y los frutos que da el cosmopolitismo como enfoque reflexivo, ya que tratan de grupos que han sido capaces de abrirse a lo nuevo y a su vez, crean un concepto y sentimiento propio de lo local. A este proceso o fenómeno el autor lo denomina *Creatividad cultural cosmopolita*.

Tras esto, se llega al quinto y último capítulo del libro, el cual aborda la educación formal como elemento que debe tomar un papel dinámico a la hora de ayudar a los individuos que se forman a desarrollar una consciencia social que permita guiar sus prácticas teniendo en cuenta las consecuencias derivadas de ellas, es decir, su competencia ciudadana. Este último capítulo, tras el estudio y análisis del cosmopolitismo y su aporte para la educación, se centra en los entornos de la educación formal, intentando demostrar como los procesos de ésta pueden fomentar un hábito de reflexión cosmopolita en el alumnado. Esta orientación no debe sustituir elementos de la programación para poder entrar en las aulas y formar parte de la dinámica de trabajo, sino que debe adaptarse al currículo convirtiéndose en un elemento transversal de la educación. Para el cosmopolitismo, el currículo en educación representa el legado del mundo, la herencia de la tradición del ser humano, y por ello no debe cambiar, si no ser flexible y poder abarcar nuevos conceptos y elementos de corte cosmopolita, para así hacer seguro en el aula el trabajo de apertura reflexiva a la novedad, pero respetando siempre el legado de lo conocido.

Pero aun que el currículo pueda adaptar el punto de vista de este enfoque, el docente es el que hace de esta información buen o mal uso; por ello el autor refleja en este apartado una serie de ejercicios que los cuales denomina *Ejercicios del Yo para ser un profesor En el mundo* (p.129), una serie de tareas que permiten al docente construir una ética propia a través del desarrollo personal de la estética, la moral, la capacidad reflexiva y su punto de vista. En definitiva instan al docente a conocerse a sí mismo como ciudadano en el mundo y figura formadora de futuros ciudadanos.

Esta obra supone una llamada a plantear como prioridad educativa que los entornos de aprendizaje formal permitan al alumno entrar y estar en el mundo, presentando al docente como

el elemento indispensable de la educación que tiene la capacidad de fomentar en las aulas esta visión cosmopolita de la apertura a lo nuevo, siendo leal a lo conocido. Esto tiene como resultado final la formación del alumnado, dotándoles así de una serie de competencias que les permita en su vida futura responder y aprender ante el mundo.